

Has Cazado a un Demonio

Rubén Adail



Has Cazado a un Demonio

Capítulo 1

HAS CAZADO A UN DEMONIO

« ¡No era más que un crío! ¡Maldito seas!»

Dicen que la venganza se sirve en plato frío. Mentira. Yo prefiero servirla caliente y en su punto. El odio que me corroe por dentro, que me come el alma y la conciencia, no puedo dejar marcharlo así como así. ¡Es verdad! Siempre he sido inocente, nervioso y algo paranoico. Pero nunca mentiroso. Eso jamás. Todo lo que les conté era verdad y nadie me ha creído. Mi sufrimiento y mi dolor me han sido pagados con un papel firmado. El dinero lo compra todo. El cielo y el infierno. El dinero mancha todo. La dignidad y la vergüenza. Incluso las almas más puras son contaminadas por el verde poder.

Solamente han pasado dos meses, y aunque acabo de estrenar la mayoría de edad, tengo la cabeza bien amueblada para cometer mi atroz crimen. ¿Acaso la venganza entiende de números? Ya respondo yo por ustedes. No. A pesar de mi corta edad he visitado el averno en demasiadas ocasiones. Aún recuerdo aquel ropaje negro sobre mi puro cuerpo. Empujándome hacia abajo sin piedad.

¡Juro que pagaré por su vida, aunque yo pague con mi libertad!

«Es casi poético que un hombre de Dios mancille cuerpo y corazón a partes iguales.»

Todas las noches eran iguales. Al llegar el ocaso la pesadilla despertaba con fuerza, y el demonio alzaba sus alas frente a mí. Nunca me hablaba, gemía. Con gusto. Con sadismo. Con placer. Lamía mis lágrimas con pasión y lo hacía hasta verme sangrar.

«¿Sabéis como son las lágrimas de sangre?, permitid que os lo cuente.»

Nacen del corazón más honesto y decente. Recorren tu interior lentamente y suben por tu garganta. Las sientes tan fuertemente que queman. Ardes. Ardes con rapidez. Al principio piensas que vas a morir, pero cuando te haces con ellas, aprendes a agudizar tus sentidos y a controlarlas. Controlas la ira y el miedo. Te centras en otra cosa mientras estás en el infierno. Entonces aparecen en tus ojos y comienzan a bañar tu rostro. Aunque te sientes morir, te purifican. Es un ejercicio de purga interna. Son el remedio a todo.

¡Juro que pagaré con sangre, aunque yo pague con la condenación eterna!

Y así pasaron los años sin poder hacer más que usar la fuerza del silencio; mi aliado, mi íntimo amigo, mi todo. El demonio de negro había aprendido que sus alas podían abarcar más. Ya no era único, y aunque en el fondo era un placer no serlo, me vi envuelto entre almas rotas y contaminadas. Encerrados entre los mismos y gruesos muros de piedra. ¡Fijaos si eran fuertes aquellas paredes, que eran capaces de contener el más severo de los pecados!

«Ya no era el único, pero sí el preferido.»

Mirad lo que han hecho los pocos años que llevan mis pies sobre este mundo, mirad mi cordura a la hora de relatar mi vida; mi pesadilla, lo único que he conocido. Me es casi imposible decir en qué momento me he decidido. Supongo que el culpable fue el periódico. Ver a un demonio recibir un premio por su gran labor con los niños es como escupirle a la cara a Dios. Mi mente, atormentada y rota, comenzó a jugar con la idea de la venganza. Mil formas. Día y noche.

No hay nada más romántico que el frío acero de un puñal bañado en aguas sagradas. Una reliquia que robé en el último día entre aquellos vastos muros. Ese iba a ser su fin.

Son las ocho de la tarde y la misa ya ha acabado. Estoy escondido tras el altar de la imponente capilla lateral dedicada a la Virgen de las Angustias. He tenido cuidado con que nadie me vea. He practicado tanto la invisibilidad que ya soy maestro. Ni siquiera el vagabundo que siempre anda en la puerta pidiendo ha reparado en mí. Ha sido fácil. Colores neutros y rostro perdido y descubierto. Andar apesadumbrado y casi chepado. A nadie le gusta ver a un alma triste vagando sin rumbo por la vida. El mundo nos evita. Ni nos mira. Somos nadie.

La mayoría de los fieles están marchando ordenadamente y sin hacer ruido, y los más beatos, los que más necesitan el cobijo de Dios, siguen embelesados pidiéndole a su hijo. Una bella imagen tallada en madera de aliso. Lo llaman "la Buena Muerte". He decidido que sea él mi único testigo.

El vacío ya anuncia el momento.

El silencio anuncia la tormenta, la venganza.

El demonio regresa para apagar las velas y yo me muevo entre las sombras, de columna a columna sin ser visto. El está apagando la última vela en la nave lateral izquierda mientras yo me dirijo hasta el altar para arrodillarme ante el hijo de Dios. Para pedirle perdón antes de hacer nada.

Para implorarle por mi alma rota y furibunda. Mientras rezo con la cabeza agachada escucho de lejos una voz que me grita. Sus pasos son fuertes pero ya no le tengo miedo. El demonio es poderoso, pero la penitencia que yo he sufrido lo es más.

Posa una de sus garras sobre mi hombro y se agacha para susurrarme al oído que debo marcharme, que la casa de Dios ha de cerrarse. Entonces me giro y lo miro a los ojos. ¡Por fin soy yo el que ve el miedo en su mirada! Ahora sé lo que ha disfrutado él durante tantos años.

— ¡Nunca más! — grito con toda mi rabia contenida mientras asesto la primera de las puñaladas.

Él agarra mis manos, que sujetan con fuerza el puñal ya hundido en su abdomen, implorando sin palabras. Quizás me esté pasando, pero quiero regocijarme en este segundo y vivirlo como si fuera el último.

— ¡Fuimos quince! ¡Quince muñecos rotos por tu lujuria y por tu enferma mente!

«Dos, tres, cuatro, cinco, seis...»

Ya está tirado en el suelo. Su sangre baña todo a su alrededor y yo me arrodillo en ella. Le pido que me mire por última vez, que mire a los ojos de su predilecto, de su primera víctima, de su pecado. Lo hace y me concede el momento más perfecto de mi vida. Hundo el puñal de plata en su corazón con toda la fuerza que me queda.

Se acabó, la venganza ya ha sido consumada y me tumbo a su lado. Cierro los ojos a la espera de mi castigo. Ahora puedo descansar como nunca lo he hecho. Ya no siento que las pesadillas me acechan... ya no siento nada más que paz; y entre sus brazos me duermo.

—Dios te perdonará, pequeño, le has hecho un favor — susurra una dulce voz mientras escucho una puerta cerrarse.

Epílogo

Me despierto aletargado y desnudo entre suaves sábanas, en la pequeña cama de mi antigua habitación. Con mis manos toco la pared, puedo reconocer los muros de gruesa piedra que contuvieron el mal tantos años. Alguien llama a la puerta y la abre con delicadeza. Entra y se sienta a los pies de cama. No logro ver su rostro, pues la habitación está en penumbra.

— No te vi más que yo niño — susurra de nuevo una dulce voz —.Te cogí entre mis brazos, te desnudé y te metí en la bañera. La sangre fresca es más fácil de limpiar. He quemado tu ropa en el horno de la cocina. Nadie sabrá quién eres. Nadie sabrá que has hecho.

— ¿Por qué? — fue lo único que pude decir.

— Porque nadie tiene que saber que has cazado a un demonio.